

El “depredador verbal” y su domesticación supertribal mediante la cortesía

The “verbal predator” and its supertribal domestication through courtesy

O “predador verbal” e sua domesticação supertribal por meio da cortesia

Le “prédateur verbal” et sa domestication supertribale par la politesse

Rimay “michaq runa” hinaspa hatun ayllu-kunapi alli rimaywan uywasqa

Miroslav Slowik

Technická univerzita v Liberci, República Checa

miroslav.slowik@tul.cz

<https://orcid.org/0000-0002-9631-771X>

Resumen

En el artículo, se introduce el concepto de “depredador verbal” como un marco teórico para el análisis de la dominancia y la agresividad en la comunicación humana. De esta manera, la investigación presenta al depredador verbal como una disposición latente del ser humano. Después, se señala que su regulación ocurre a medida que se desarrolla la supertribu. Posteriormente, se plantea que la cortesía verbal se concibe como un mecanismo anticismogénico que domestica este potencial depredador del hombre y previene la escalada de conflictos en sociedades desarrolladas. Además, el trabajo expone que el entorno digital revela los límites de mecanismos reguladores, en la medida en que la anonimidad y la interacción distanciada intensifican el potencial depredador. En términos metodológicos, el texto articula la teoría de juegos, la psicología evolutiva y la antropología lingüística. Se concluye que la cortesía no es solo un instrumento comunicativo, sino un marco regulador civilizatorio y domesticador.

Palabras clave: cortesía; descortesía; actuación verbal; conflicto; supertribu.

Abstract

The article introduces the concept of the “verbal predator” as a theoretical framework for analyzing dominance and aggression in human communication. In this way, the study presents the verbal predator as a latent disposition in human beings. It then notes that this disposition is regulated as the “super-tribe” develops. It further argues that verbal courtesy is conceived as an anti-cymogenetic mechanism that tames this predatory potential in humans and prevents the escalation of conflicts in developed societies. Additionally, the study argues that the digital environment reveals the limits of regulatory mechanisms, insofar as anonymity and distanced interaction intensify this predatory potential. Methodologically, the text integrates game theory, evolutionary psychology, and linguistic anthropology. The study concludes that politeness is not merely a communicative tool, but a civilizing and domesticating regulatory framework.

Keywords: courtesy; discourtesy; verbal behavior; conflict; supertribe.

Resumo

O artigo introduz o conceito de predador verbal como um marco teórico para a análise da dominância e da agressividade na comunicação humana. Dessa forma, a pesquisa apresenta o predador verbal como uma disposição latente do ser humano. Em seguida, aponta que sua regulação ocorre à medida que a supertribo se desenvolve. Posteriormente, argumenta que a cortesía verbal é concebida como um mecanismo anticimogênico que domestica esse potencial predatório do homem e previne a escalada de conflitos em sociedades desenvolvidas. Além disso, o trabalho expõe que o ambiente digital revela os limites dos mecanismos reguladores, na medida em que o anonimato e a interação distanciada intensificam o potencial predatório. Em termos metodológicos, o texto articula a teoria dos jogos, a psicologia evolutiva e a antropologia linguística. O trabalho conclui que a cortesía não é apenas um instrumento comunicativo, mas um marco regulador civilizatório e domesticador.

Palavras-chave: cortesía; descortesía; atuação verbal; conflito; supertribo.

Résumé

L'article introduit le concept de prédateur verbal comme cadre théorique pour l'analyse de la dominance et de l'agressivité dans la communication humaine. De cette manière, la recherche présente le prédateur verbal comme une disposition latente de l'être humain et indique que sa régulation se produit à mesure que la super tribu se développe. Par la suite, elle propose que la politesse verbale soit conçue comme un mécanisme anti cosmogénétique qui domestique ce potentiel prédateur de l'homme et prévient l'escalade des conflits dans les sociétés développées. De plus, le travail montre que l'environnement numérique révèle les limites des mécanismes régulateurs, dans la mesure où l'anonymat et l'interaction à distance intensifient le potentiel prédateur. Sur le plan méthodologique, le texte articule la théorie des jeux, la psychologie évolutive et l'anthropologie linguistique. Le travail conclut que la politesse n'est pas seulement un instrument communicatif, mais aussi un cadre régulateur, civilisateur et domesticateur.

Mots-clés: politesse; impolitesse; comportement verbal; conflit; super tribu.

Pisiyachiynin

Qillqasqaqa 'simiyuq chakuq' nisqa yuyayta riqsichin, runapura rimanakuyipi atipanakuytawan phiñanakuytawan t'aqwinapaq yuyay t'aqwirina hina. Kayhinam, t'aqwiriyaq simiyuq chakuqta runakunapi pakasqa kay hina rikuchin. Chaymantataq nin, kay kayqa 'hatun ayllu' wiñarisqanman hina kamachisqa kasqanta. Hinallataqmi nin, simiwan sumaq kayqa huk mana wiñachinapaq hark'aq hina yuyaykusqa kasqanta, chaymi runakunapi kay chakuna atiyta llamp'uchan, hinallataq wiñasqa llaqtakunapi ch'aqwakuna astawan hatunyananmanta hark'an. Chaymantapas, kay yachay t'aqwiyaq nin, llikapi pachapiqa kamachikuq ruwaykunap saywankunatam rikuchin, imaraykuchus mana sutiyuq kaypas karumanta rimanakuypas kay chakuna atiyta astawanmi kallpanchan. Ruway yachayninpiqa, qillqaqa pukllay yuyaychayta, wiñariy yuyay yachayta, simi yachay runa kawsay yachaytapas huñun. Yachay t'aqwiyaq tukuchan allin kayqa manan willanakuy llamk'anallachu kasqanta, aswanpas runakunata allin kawsayman pusaq, uywawaq kamachikuq saywachu kasqanta.

Qhapaq siminkuna: : sumaq rimay; mana sumaq rimay; simi ruray; tinkunakuy ch'iqiy; hatun ayllu.

Recibido: xx/xx/2026

Aceptado: xx/xx/2026

Publicado: xx/xx/2026

1. Introducción

La cortesía verbal ocupa un lugar central en la investigación lingüística contemporánea. Desde la pragmática, la sociolingüística y la antropología del lenguaje, suele describirse como un conjunto de estrategias discursivas orientadas a la protección de la imagen social y de la optimización de la cooperación comunicativa (Albelda y Barros, 2013; Bravo, 2005). Sin embargo, esta definición o este postulado contrasta con un vacío teórico reflexivo: la cortesía es, a menudo, entendida únicamente como una elección estratégica del hablante, y no como una condición intrínseca de la comunicación en sociedades complejas. Además, como bien critica Eelen (2001), la cortesía no debe verse solo como un conjunto de reglas estáticas, sino como una *praxis* activa donde los hablantes negocian su posición interaccional.

Los modelos pragmatolingüísticos dominantes (Brown y Levinson, 1987; Goffman, 1967; Lakoff, 1975; Leech, 1983; Watts, 2003) han proporcionado descripciones detalladas de la microdinámica

de las interacciones, donde tienden a enfatizar la dimensión estratégica e individual de la cortesía. Desde esta perspectiva, la cortesía aparece como un recurso opcional y su ausencia puede dificultar la interacción. No obstante, la cortesía no solo es un recurso ornamental, sino una respuesta sociocultural e histórica de sobrevivencia, que asegura una comunicación estable en un ecosistema supuestamente conflictivo.

Para nosotros, los sistemas de cortesía funcionan como manifestaciones de un mismo mecanismo profundo. Se sostiene que la cortesía verbal no constituye una estrategia contingente, sino un mecanismo cultural de seguridad arraigado en la experiencia antropológica y evolutiva del *Homo Sapiens*. Su función principal no es la optimización de la comunicación, sino la neutralización del conflicto, inherente al lenguaje humano en contextos caracterizados por una alta densidad social, anonimato y ausencia de vínculos directos, que puede desencadenar escaladas cismogenéticas (Bateson, 1936).

El objetivo fundamental de este artículo es proponer el concepto de “depredador verbal” para la comprensión de la dominancia y la agresividad en la comunicación humana. Este concepto permite explicar que todos los sistemas de cortesía responden al mismo proceso evolutivo del hombre y que, así, solucionan el mismo problema de mantener la seguridad en todas las sociedades existentes (Benedict, 1934). Dicho concepto surge de la necesidad de establecer un *tertium comparationis* sólido para el análisis de actuales sistemas de cortesía divergentes. Esta investigación permite definir la cortesía verbal como un mecanismo cultural y evolutivamente condicionado de regulación de la interacción. Su función consiste en domesticar el potencial predatorio y reducir los conflictos.

Cabe destacar que el presente artículo no se apoya en un diseño empírico clásico de recogida de datos, sino que adopta un enfoque teórico-conceptual de carácter interdisciplinario.

La investigación se ordena de la siguiente manera: se presenta el concepto de “depredador verbal” y su relación con la organización tribal; luego, se expone su regulación dentro de la supertribu; posteriormente, se describe la cortesía como un mecanismo anticismogenético que regula al “depredador verbal”; se realiza una reflexión del concepto en el espacio digital; y, por último, se exponen las conclusiones.

2. El depredador verbal

El concepto “depredador verbal” es un patrón biológico-cultural del hombre que aparece en situaciones de dominancia, control del significado y territorialización del espacio comunicativo. Este patrón abarca un amplio conjunto de posibles manifestaciones que se actualizan en función del contexto y del entorno mediático; es decir, no representa comportamientos lingüísticos concretos ni estrategias pragmáticas aisladas. Desde una perspectiva extensional, el depredador verbal puede definirse como la clase de todos los casos de acción interaccional.

Ahora bien, los hablantes siempre se sitúan en algún *régimen*; es decir, en un tipo de manifestación verbal, que es inherentemente conflictivo. En la naturaleza y, por ende, en el hombre, todo el enfrentamiento entre dos individuos siempre genera conflicto (Ardrey, 1966; Dawkins, 1976; Lorenz, 1963; Morris, 1967; Wilson, 1975). Ello se regula mediante la cualidad moderadora del depredador verbal. Esta disposición predatoria constituye una estructura antropológica básica que

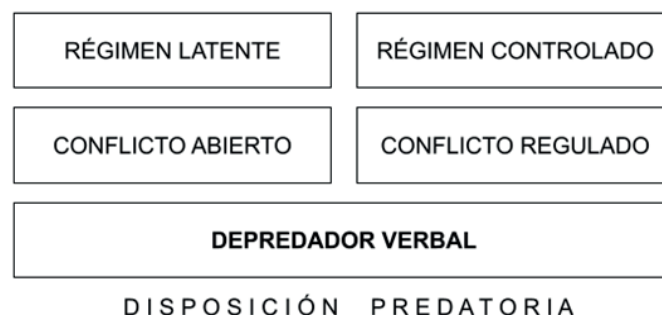
se estabiliza, principalmente, a través de mecanismos de cortesía lingüística, normas de reciprocidad y la interacción física directa. En particular, en la comunicación cara a cara, las estrategias verbales tienden a minimizar el conflicto y a sostener una homeostasis de seguridad en el entorno interaccional. La condición del depredador verbal es una característica intrínseca del hombre que, para sobrevivir en una sociedad más o menos desarrollada, requiere de control para organizarse e integrarse dentro de una estructura social sólida. De este modo, cumple con los fundamentos básicos exigidos a todo individuo perteneciente a una especie social. La lucha entre individuos o grupos es siempre asocial, al igual que la guerra, a pesar de que esta se encuentre cada vez más presente en nuestra civilización (Benedict, 1934). El empleo de la cortesía verbal constituye un proceso que regula, *a priori*, aquellas tendencias con potencial de desarrollar rasgos culturales peligrosos, especialmente en situaciones donde los intereses particulares entran en competición con la pulsión de agresividad.

En su *régimen latente* —es decir, cuando un hablante se expresa con manifestaciones verbales agresivas—, el “depredador” se activa cuando el individuo abandona la norma cultural y transgrede los límites socialmente establecidos para satisfacer intereses personales, sin atender a las necesidades de los demás. En este marco, su comportamiento verbal se percibe como poco cortés o abiertamente descortés, en la medida en que recurre, por ejemplo, a actos de habla argumentativos o directivos sin atenuación, o en contextos donde tales formas resultan inesperadas. De este modo, se sitúa fuera de las expectativas comunicativas vigentes, al menos hasta que interviene algún tipo de sanción social.

En cambio, en un régimen regulado —esto es, cuando el hablante se ajusta a manifestaciones verbales normativas—, esta disposición se presenta atenuada y encubierta mediante estrategias culturalmente institucionalizadas, como las fórmulas de cortesía, la indirectividad, el altruismo discursivo, la autolimitación estratégica o la acumulación progresiva de capital simbólico (Bourdieu, 1991). Dichas estrategias se realizan a través de actos de habla cooperativos, en consonancia con los fenómenos descritos por la pragmática clásica de la cortesía, particularmente en los trabajos de Brown y Levinson (1987). Dicho de otro modo, el depredador se encuentra regulado civilizatoriamente. Por ello, se reduce el conflicto y, posteriormente, se produce el crecimiento de un grupo social que supere los límites de una tribu (Dunbar, 2010).

La distinción conceptual entre el “depredador verbal” regulado y no regulado encuentra un paralelismo en la teoría de juegos aplicada a las ciencias sociales (Caillois, 1958). La tipología de Caillois permite interpretar al “depredador verbal” como un actor capaz de combinar juegos de competencia (*agôn*) con estrategias de simulación o disímulo (*mimicry*), como se verá más adelante.

Figura 1
El depredador verbal y sus regímenes



Para los pragmatistas, la cortesía regula la agresividad latente del hombre y el conflicto mismo que está siempre presente, entre cualquier encuentro entre humanos, cara a cara. Generalmente, en los hablantes, se pueden observar intensificaciones secuenciales del conflicto discursivo y el aumento progresivo de la agresividad interaccional, tales como han descrito las teorías de la *impoliteness*, particularmente en los estudios de Culpeper (1996, 2011), así como los modelos dinámicos del conflicto inspirados en el concepto de "esquismogénesis", formulado por Bateson (1936). También, se encuentra que los recursos lingüísticos de la cortesía son empleados como herramientas de dominancia o manipulación, de modo que una comunicación formalmente cooperativa puede producir efectos de poder asimétricos (Bateson, 1936; Eelen, 2001). Además, la cortesía ha sido vista como interpretativamente normativa, pues es el resultado de una evaluación social contextualizada y cultural, como han sostenido los enfoques discursivos desarrollados, por ejemplo, por Locher (2004) y Watts (2003). No obstante, si bien se explica claramente el propósito o la función de la (des)cortesía, es importante proponer un concepto que dé cuenta de la cualidad antropológica humana de carácter depredativo común. Adicionalmente, se señala que dichas teorías pragmáticas describieron los sistemas de cortesía en su estado de desarrollo en grupos sociales extendidos y bien compactos, pero su preocupación no alcanzó a ofrecer una respuesta a la evolución de estos sistemas, en tanto que estos reducen los conflictos que, primariamente, se producían entre las tribus o grupos sociales todavía más pequeños.

Es pertinente recordar que, para subsistir, el hombre durante su evolución vivía en un grupo social cerrado que se ocupaba de la caza y la recolección. Estudios antropológicos sugieren que una banda paleolítica requería un territorio mínimo de unos 65 a 100 kilómetros cuadrados para asegurar su subsistencia, lo que fundamenta nuestra predisposición biológica hacia la territorialidad y el conflicto ante la presencia de extraños (Binford, 2001; Birdsell, 1953; Kelly, 2013; Marlowe, 2005). El grupo controlaba ese espacio y todo encuentro con otros grupos prototribales diferentes resultaba conflictivo. Así, surgió el miedo a lo ajeno, porque se desconfiaba de los demás, mientras que el propio grupo se protegía al evitar los conflictos o enfermedades; antropológicamente, a partir de ello, la xenofobia se convirtió en parte integral de la humanidad. El territorio de 65 kilómetros cuadrados se traduce en un radio crítico de aproximadamente 4,5 kilómetros; es decir, la distancia que un homínido puede recorrer a pie en una hora. Este "perímetro de seguridad" define nuestro umbral biológico de alerta: cualquier extraño detectado dentro de este radio de acción activa una respuesta instintiva de confrontación por el espacio vital.

Con el crecimiento de la población, el mismo grupo social aumenta, de modo que se convierte de una banda a una tribu y se ve presionado a reducir su territorio. Para sentirse seguro, necesita desarrollar un mecanismo de protección. Por ello, el lenguaje se presenta como un medio para negociar la cooperación entre las personas que se sienten obligadas a compartir el espacio, el cual se convierte en un lugar en el que se da sentido a lo extraño o lo ajeno, como Husserl (1979) sostuvo con el *Heimwelt* y *Fremdwelt*. Desde la fenomenología de este autor, el límite territorial de 65 kilómetros cuadrados no es solo geográfico, sino ontológico. Bajo esta lógica, define la frontera entre el mundo de lo propio, donde el individuo se siente seguro y en control, y el mundo de lo ajeno, habitado por el "otro" imprevisible. Entonces, la cortesía verbal surge como el puente necesario para procesar la experiencia de la alteridad; es el mecanismo que permite que la irrupción de un extraño en nuestro radio crítico no sea percibida como una invasión hostil, sino como una interacción mediada por reglas compartidas, lo que transforma así un encuentro potencialmente letal en un acto social.

Puede sostenerse que este tipo de acercamiento al otro —o, incluso, una simple invitación a ingresar en el propio territorio— constituye una de las primeras formas de regulación del “depredador verbal”. En otros términos, el ser humano dejó de reaccionar ante el desconocido mediante la eliminación física y comenzó a modular su agresividad primaria al incorporarlo como partícipe de la interacción. Este giro fue posible gracias al lenguaje, que habilitó el intercambio de ideas e innovaciones; en consecuencia, se aceleraron los procesos civilizatorios y las sociedades comenzaron a expandirse, lo que ha generado excedentes. Durante la evolución, el papel del lenguaje permitió la convergencia de códigos de comunicación, lo que favoreció así un espacio estable y dio paso a las primeras normas sociales. La convivencia en un territorio cada vez más poblado presionó al hombre a establecer sistemas pragmáticos, los cuales permitieron mantener una comunicación segura con un desconocido, siempre y cuando esta se efectuase en el modo cara a cara.

De manera detallada, el ser humano, como organismo vivo, es el resultado de una larga evolución en sociedades de cazadores-recolectores (Lévi-Strauss, 1949, 1962; Sahlins, 1972), en las que la interacción social se basaba en el conocimiento directo entre los miembros del grupo, en una jerarquía relativamente transparente y en un control inmediato de la conducta agresiva (Dunbar, 1996, 2010). El denominado “número de Dunbar”, situado en torno a los 150 individuos, representa el límite superior para una orientación segura dentro del grupo. En estas condiciones demográficas restringidas, el conflicto se regulaba principalmente mediante mecanismos biológicos y etológicos —como la dominancia, la sumisión y el comportamiento coalicional—, mientras que el lenguaje cumplía ante todo funciones de coordinación de la caza y de distribución de la presa. Posteriormente, con el desarrollo de formas más complejas de organización social, se instituyeron normas que pasaron a regular de manera integral el orden social.

El concepto del “depredador” verbal emergió como un resultado no previsto de una investigación cuyo objetivo consistía en llevar a cabo un amplio análisis comparativo de dos sistemas de cortesía verbal en dos áreas culturales lingüísticas de Europa distintas: la checa y la española peninsular (Slowik, 2024a, 2024b). Fue precisamente la exigencia de comparar dos registros discursivos —realizada mediante un trabajo estrictamente lingüístico de recopilación, descripción y sistematización de datos— la que generó la necesidad de establecer un *tertium comparationis* sólido. Al respecto, debe señalarse que las comparaciones de funciones pragmáticas entre diferentes culturas resultan completamente imposibles sin fundamentar los aspectos comunes que presentan ambas. Además, este estudio de carácter contrastivo debe prestar mayor atención a las personas, a su comportamiento y a su incidencia en la seguridad comunicativa (Slowik, 2024b), más que a las estrategias y a los recursos lingüísticos, sin descartarlos, en tanto se manifiestan en el habla. En esta línea, la investigación condujo a una reflexión sobre los principios que regulan la comunicación interpersonal en general, a partir de la cual las teorías clásicas de la cortesía se revelan como descripciones funcionales y válidas del comportamiento discursivo en diversas estructuras socioculturales cerradas. Es decir, dichos principios, a nuestro juicio, terminan por ser meras manifestaciones de una capa más profunda que merecía la pena de ser estudiada al trascender los límites de la pragmalingüística y al ingresar en el ámbito de la antropología del lenguaje y la evolución humana.

En trabajos anteriores, se estableció la relación entre la cortesía y la teoría de juegos (Slowik, 2018b), donde se desarrollaron los conceptos de “egoísmo” y “altruismo” discursivos en relación con la interacción con otros desconocidos. Además, se definieron el *zoom social discursivo* positivo y negativo (Slowik, 2017, 2019) y se propuso una séptima función del lenguaje —la función de

seguridad—, mediante la formulación de un axioma comunicativo-securitario (Slowik, 2018a). Aunque en esta serie de estudios el concepto de “depredador verbal” aún no había sido formulado explícitamente, en ellos se establecieron ya los presupuestos antropolingüísticos necesarios para su posterior construcción teórica. Sobre esto, se destaca que el término “depredador verbal” no solo remite a un determinismo biológico, sino que funciona como una categoría heurística.

Un paso indispensable en la construcción del concepto de “depredador verbal” fue el análisis de aquellos comportamientos lingüísticos habitualmente etiquetados como descortesés. Esto se presentó conceptualmente como una extensión del estudio previo de la cortesía, entendida como su opuesto o antítesis. La reflexión teórica sobre la descortesía se apoyó, por tanto, en un polo previamente establecido, lo que ha configurado una relación hegeliana de tesis y antítesis. Ambos fenómenos fueron abordados desde la pragmalingüística, que se ocupa del análisis del lenguaje y el habla.

El término *impoliteness* se consolidó en la pragmática, principalmente, gracias a los trabajos de Culpeper (1996, 2011). Su enfoque, basado en la teoría de la cortesía de Brown y Levinson (1987), invierte la perspectiva desde la protección de la “imagen” interaccional hacia su vulneración deliberada. Esta línea fue desarrollada posteriormente por Bousfield (2008), quien subrayó el carácter procesual de la descortesía, su potencial escalatorio y su dinámica dentro de la estructura secuencial de la interacción, en consonancia con la concepción de la “escalada conflictiva”, conocida como “cismogénesis” y formulada por Bateson (1936). Un enfoque discursivo más crítico se encuentra en los trabajos de Locher (2004) y Watts (2003), quienes destacan la naturaleza normativa e interpretativa de la (des)cortesía y entienden la *impoliteness* no como una propiedad inherente del enunciado, sino como una evaluación socialmente negociada de una acción concreta en un contexto culturalmente específico (Locher y Watts, 2005).

En este artículo, se coincide con la afirmación de que la cortesía y la descortesía son fenómenos relativos y culturales situados, y que no pueden compararse de manera directa si se analizan exclusivamente desde la perspectiva del lenguaje y el habla de una u otra cultura. Hace falta fundamentarlas en su función de seguridad. Las conclusiones de la pragmalingüística son válidas y describen con precisión lo que ocurre en la interacción entre seres hablantes en su microdinámica; sin embargo, comparten una focalización en las estrategias y los efectos interaccionales. Las disposiciones culturales y evolutivas más profundas que posibilitan y estructuran estas manifestaciones permanecen, en gran medida, fuera del foco analítico.

Es precisamente este vacío analítico el que viene a ocupar el concepto de “depredador verbal”, que no designa un comportamiento discursivo concreto ni tampoco una evaluación social, sino una disposición interaccional estructural, arraigada en principios evolutivos de dominancia, cooperación y regulación del conflicto propios de una especie social. La psicología evolutiva muestra que el comportamiento social humano está fuertemente influido por mecanismos biológicos orientados a la maximización del beneficio propio y de la dominancia dentro del grupo (Wright, 1994). Estos hallazgos respaldan el concepto de “depredador verbal”. En este sentido, las normas culturales y las estrategias de cortesía representan una adaptación anticismogénica destinada a minimizar conflictos destructivos y a mantener el grupo social compacto.

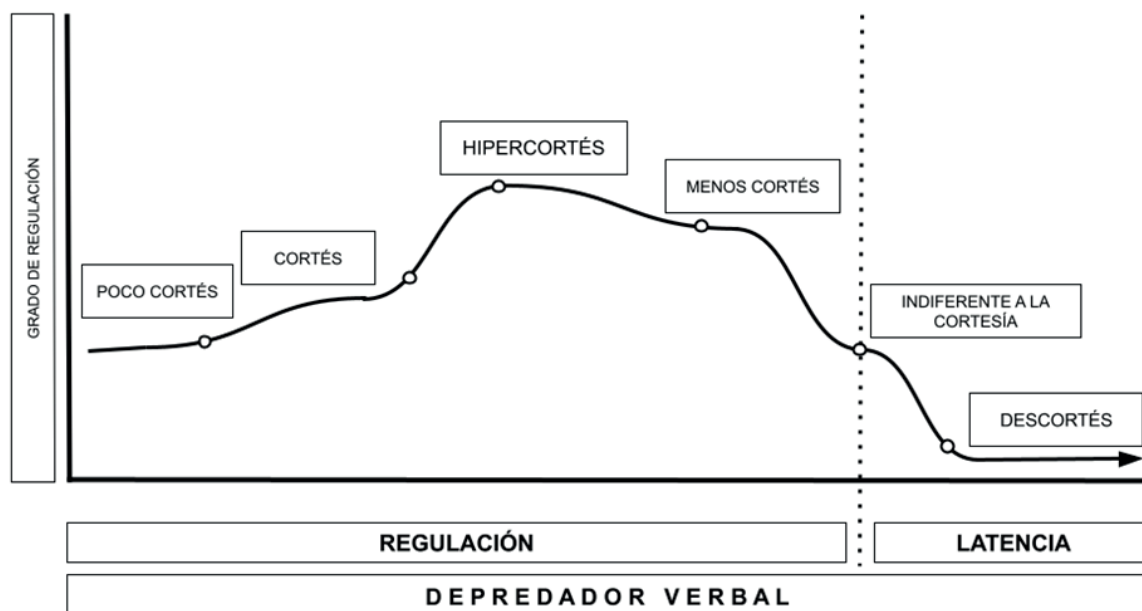
El “depredador verbal” debe entenderse, por tanto, como una disposición interaccional innata del ser humano y no como un estilo lingüístico. Esta disposición es evolutivamente anterior a las

regulaciones culturales de la comunicación y se modifica por procesos de socialización y adquisición de la competencia pragmática, la cual se desarrolla en el hablante durante toda su vida. El comportamiento pragmático de un individuo puede concebirse como un *continuum* de intensidad entre distintos regímenes mediante los cuales se relaciona con los demás, negociando sus intenciones y manteniendo su estatus social (Bourdieu, 1991).

En otras palabras, se trata de un proceso de cambios dinámicos entre distintos regímenes, que viene controlado por los elementos de la situación comunicativa (yo, tú, ahora, aquí). Un mismo individuo puede desplazarse entre diversos regímenes, incluso, dentro de una sola interacción, en función de la percepción de amenaza, de la configuración de poder, del marco cultural, del entorno mediático, del grado de anonimato y de los objetivos comunicativos. La extensión del concepto abarca, por consiguiente, todas las situaciones en las que el lenguaje actúa como instrumento de aumentar o disminuir el grado de la dominancia, del conflicto o de la cooperación.

El concepto de “depredador verbal” permite nombrar con mayor precisión el núcleo antropológico de la acción del *Homo Sapiens*. El ser humano está biológicamente equipado como un depredador oportunista, cuya agresión no es exclusivamente una reacción ante una amenaza inmediata, sino un potencial comportamental autónomo (Morris, 1967). En la cultura humana, este potencial se desplaza del plano físico al plano simbólico: el lenguaje se convierte en un instrumento de caza, pero no de presas materiales, sino de bienes simbólicos, como el estatus social, la dominancia, el reconocimiento y el poder. El “depredador verbal” no persigue la cooperación, sino la superioridad; su acción discursiva está orientada a la victoria, no a la asociación.

Figura 2
Continuum de regímenes



En este marco, la cortesía verbal puede interpretarse como un conjunto de mecanismos culturales que estabilizan al “depredador verbal”, de modo que se mantienen en estados regulados, reducen la escalada destructiva del conflicto y sostienen la estabilidad del espacio intersubjetivo

de comunicación, dentro de un grupo social más amplio que una tribu (Figura 2). La descortesía, entonces, no constituye, desde esta perspectiva, un fenómeno opuesto, sino la activación de un régimen latente o no regulado de la disposición predatoria.

El marco teórico del “depredador verbal” distingue dos tipos fundamentales: i) el depredador regulado, que estabiliza la interacción mediante normas culturales y estrategias interiorizadas, y ii) el depredador no regulado —es decir, el latente—, que representa una tendencia biológicamente condicionada al uso agresivo del lenguaje con fines de dominancia y autoprotección. La cortesía verbal, tal como la define la pragmatolingüística, puede ser instrumentalizada por ambos regímenes, puesto que determinadas estrategias de cortesía pueden generar una acumulación de poder simbólico mayor de lo que aparentan (Eelen, 2001). Actos de habla formalmente corteses pueden ser profundamente manipuladores, hasta el punto de que el receptor no perciba la intención comunicativa encubierta por el interlocutor. Nuestra perspectiva engloba lo cortés y lo descortés, lo manipulador o no, lo beneficioso y lo costoso, como partes integrales de una macroestrategia.

La definición de “depredador verbal” se construye a partir de la integración de conocimientos procedentes de la pragmática, la sociolingüística, la antropología lingüística, la psicología evolutiva y la teoría de la comunicación. Además, su objetivo es elaborar un marco unificado para el concepto de “depredador verbal”. A continuación, se presenta la definición de la “supertribu”, que funcionó como entorno en el cual se necesitaba cada vez más la regulación del potencial latente predator.

3. La regulación del “depredador verbal” en la supertribu

Como se indicó anteriormente, la condición del “depredador verbal” no requería control en la tribu, dado que no existía la necesidad de regular el conflicto entre desconocidos. Es, más bien, en la “supertribu” donde esta disposición comienza a ser objeto de regulación. En el marco que se propone, la supertribu se define como una agrupación humana extensa, anónima y estructuralmente compleja, que ha emergido a partir de la evolución progresiva de unidades sociales más pequeñas.

El proceso civilizatorio parte de un grupo reducido de personas; es decir, una banda de veinte a cincuenta individuos, que se extiende a una tribu, un grupo más extenso. Cada grupo de este tipo controla su espacio y el encuentro con individuos de otros grupos de la misma índole resulta muy escaso, pues no se conoce al “otro”. Con el paso del tiempo, el espacio vital de un grupo se va llenando de “otros”, lo que limita el territorio para cada uno. Entonces, el encuentro con los desconocidos es cada vez más frecuente. Como ya se comentó, todo encuentro con un individuo desconocido, a pesar de ser miembro del mismo género biológico, es conflictivo (Veselovský, 1992). La frecuencia creciente de contactos entre grupos ocasiona que se desarrolle un agente regulador del conflicto.

La peligrosidad intrínseca del encuentro cara a cara no es solo una abstracción sociológica, sino una realidad neurobiológica documentada por la etología humana y la psicofisiología. Autores como Veselovský (1992) y Lorenz (1963) sostienen que la proximidad física de un extraño activa instintivamente el eje de respuesta al estrés. Esta reacción se manifiesta a través del sistema nervioso simpático, que prepara al individuo para el combate o la huida mediante la liberación de adrenalina y el aumento de la tensión muscular (Cannon, 1929). En este estado, el “depredador verbal” se encuentra en un régimen de alerta máxima, donde, según la antropología, la mirada directa es procesada como una señal de dominancia o desafío, una herencia de nuestro pasado primate (Eibl-Eibesfeldt, 1970). No obstante, la supervivencia en la “supertribu” requiere la desactivación de esta

respuesta de defensa. Aquí es donde el empleo de normas sociales, incluso la cortesía verbal, actúa como un mecanismo de regulación fisiológica. Según la teoría polivagal de Porges (2011), los rituales comunicativos y la prosodia calmada de la cortesía estimulan el complejo vagal ventral (sistema parasimpático), que mitiga la activación del simpático y promueve el “sistema de compromiso social”. Por tanto, la cortesía no solo “domestica” la agresividad en un sentido cultural, sino que físicamente permite que el organismo pase de un estado de supervivencia a uno de cooperación. La distancia física —estudiada por Hall (1966) en su teoría de la proxémica— se ve así compensada por la “cercanía simbólica” que construye el lenguaje ritualizado, lo que evita que la interacción derive en una escalada cismogenética destructiva.

Con el tránsito hacia la vida en la supertribu, entonces los mecanismos biológicos originarios de regulación de la agresión y el conflicto se revelan insuficientes. El *Homo sapiens* sigue siendo portador de una historia predatoria, pero en una supertribu se tiene que controlar más para que se desarrolle el grupo social al máximo. Sus reacciones frente al Otro siguen reguladas por la biología; sin embargo, así no llegaría a establecerse la seguridad en un grupo extenso. Cuanto más se civiliza el espacio, más agresivo se ve el hombre, porque en la supertribu aparece con más frecuencia el miedo al desconocido. Además, durante la evolución, la caza, inscrita en la base etológica del hombre, se independiza del estímulo del apetito, porque el hombre no solo va a cazar para comer, sino también por actividades de ocio o de entretenimiento, que ya no tiene nada que ver con su condición de alimentarse. Así, el hombre aumenta su instinto de matar y desarrolla esta capacidad. Por eso, surge la necesidad de regular ese instinto y, por tanto, de cazar.

El hecho de que el individuo se vea constantemente expuesto, en el marco de la supertribu, a la presencia de otros —especialmente de desconocidos— se convierte así en una fuente potencial de conflicto latente. Esto debe ser regulado mediante la cortesía; de ello se desprende que esta no puede concebirse como un ornamento, sino como un instrumento civilizatorio que transforma la conflictividad biológicamente dada en una dimensión simbólica y permite su control a largo plazo.

La consideración teórica de la cortesía como noción pragmalingüística debe vincularse necesariamente con el concepto de *supertribu* (Morris, 1967). En el contexto de la supertribu, la cortesía constituye un mecanismo de seguridad operativo cuya función es neutralizar el potencial predatorio del individuo; es decir, debe reducir la agresión, minimizar la escalada conflictiva y posibilitar la coexistencia entre individuos (o grupos) que no se conocen, no comparten vínculos directos y se ven obligados a entrar en contactos sociales reiterados.

Se sostiene que la cortesía, entendida como una mera manifestación realizada mediante recursos lingüísticos, no constituye una estrategia plenamente opcional del comportamiento humano, sino que está arraigada en el hombre. No se trata, por tanto, de un fenómeno secundario que pueda añadirse o eliminarse de la interacción sin afectar a las bases mismas de la coexistencia. Por el contrario, se trata de un mecanismo regulador *a priori*, cuya función está profundamente arraigada en la experiencia antropológica y evolutiva de la especie *Homo Sapiens*.

El lenguaje utilizado en la interacción es, por tanto, ante todo un agente civilizatorio de seguridad (Slowik, 2024a). En este sentido, puede entenderse como la séptima función del lenguaje, que se suma a las seis funciones clásicas establecidas por Jakobson (1960). Aunque el modelo de Jakobson

no menciona explícitamente la seguridad, esta contribuye al funcionamiento del sistema en su conjunto. Yendo un poco más allá, se trata de una función profunda a las demás, pues para que funcionen todas, debe operar esta función de seguridad. Sin seguridad, la comunicación no sería posible. En la sociedad, la seguridad se garantiza mediante la estabilidad; es decir, solo ciertas formas de comportamiento y actuación son aceptables en una sociedad determinada. Por lo tanto, se ha producido una reducción de todas las posibilidades a un número específico de rituales y comportamientos ceremoniales, que luego se organizan en un complejo lingüístico-cultural. Este complejo cultural se establece como una institución, cuya transgresión puede provocar sanciones o desagrado. Se trata de un número limitado de recursos lingüísticos que los lingüistas pueden describir como un conjunto cerrado. Además, la estabilidad es flexible, puesto que evoluciona gradualmente en el tiempo mediante pasos sucesivos.

A partir del concepto de “supertribu” (Morris, 1967), entendido como una forma de organización social que excede los límites de la regulación biológica del conflicto, se argumenta que la cortesía opera como una infraestructura simbólica que sustituye mecanismos etológicos obsoletos por patrones culturales interiorizados e institucionalizados. En este marco, la descortesía no se interpretaría únicamente como un fallo comunicativo, sino como la activación de un régimen discursivo depredador, orientado a la dominancia simbólica y capaz de desencadenar escaladas cismogénicas del conflicto (Bateson, 1936).

Esta sección del artículo pone de relieve los fundamentos evolutivos y culturales de la cortesía verbal y del comportamiento predatorio. Para comprender los mecanismos mediante los cuales estas disposiciones se realizan en la interacción, se analizan a continuación la cismogénesis como proceso de escalada del conflicto, el juego discursivo como manipulación estratégica de las relaciones sociales a través del lenguaje, y la ficción compartida como herramienta cultural de estabilización de la cooperación y las normas.

4. La cortesía como mecanismo anticismogénico

La cortesía puede entenderse, por tanto, como una innovación cultural, pues constituye una adaptación al proceso civilizatorio que sitúa al ser humano en el entorno de la supertribu. Esta asume la función de los antiguos signos etológicos de dominancia, sumisión y cooperación, y los transforma en patrones de comportamiento mediados por el lenguaje, culturalmente compartidos y normativamente estabilizados. Conviene subrayar que el comportamiento puede concebirse como una estrategia de maximización de la propia *fitness* en la interacción con los otros; es decir, como una forma implícita de gestión de los demás individuos (Trivers, 1971).

En el contexto de la supertribu, los individuos se unificaron bajo una idea común de pertenencia, lo que reprimió el principio estrictamente tribal y superó los límites del número de Dunbar (2010). Además, comenzaron a tratar a los otros desconocidos no solo como recursos utilizables, sino como copartícipes de la coexistencia. Para ello, se instituyeron reglas culturales que, mediante procesos selectivos —esto es, a través de la reducción—, se sistematizaron en complejos culturales. A este ámbito pertenecen también las estrategias discursivas de negociación de fronteras, roles personales y sociales, y expectativas mutuas de los interactuantes. Dichas expectativas son compartidas y ficticias, como ya se ha definido en la antropología evolutiva y la sociología constructivista.

La *ficción compartida* es un orden imaginario intersubjetivo que funciona como una estructura estable de significados que permite coordinar la acción social y la convivencia entre individuos. La *ficción compartida* designa un constructo simbólico que carece de fundamento biológico o físico, pero cuya existencia depende de la creencia colectiva y cuyos efectos son socialmente reales (Harari, 2012). Desde la perspectiva de la ontología social (Berger y Luckmann, 1966), puede entenderse como un orden imaginario que posee una estructura estable. Este orden no constituye una ilusión en el sentido de un engaño, sino un marco de significados consolidado que permite coordinar la acción entre individuos que no se conocen personalmente, no están vinculados por lazos directos y no pueden apoyarse en una legibilidad biológicamente dada del comportamiento ajeno. En este marco, la cortesía se presenta como una forma específica de ficción compartida cuya función es garantizar la seguridad social básica en el entorno de la supertribu.

Como ya se ha señalado, la cortesía no gestiona el conflicto *ex post*, sino *ex ante*: su objetivo es impedir que llegue a producirse una escalada de la agresión en situaciones caracterizadas por la ausencia de familiaridad personal, de historia compartida y de una legibilidad jerárquica directa. El orden imaginario existe únicamente en la medida en que los participantes en la interacción creen implícitamente en él (Harari, 2012). Esta creencia no se articula de forma reflexiva, sino que se encarna en el *habitus* discursivo, en los automatismos del comportamiento verbal y en la precomprensión de la situación social. Se trata de un comportamiento regulado por una base presupuesta (Kořenský, 1992), que se manifiesta posteriormente como integridad de la personalidad (Nebeská, 1992), incorporada en la supertribu como una unidad funcional y viva de pertenencia.

En el momento en que esta creencia se desintegra, se desmorona también el marco mismo de la interacción segura: todo encuentro con un otro desconocido vuelve a convertirse en una amenaza potencial que activa mecanismos biológicos de defensa, agresión y dominancia. El marco regulador deja de funcionar y la interacción cara a cara se transforma en un conflicto con una secuencia observable (Lébllová, 2001). Dicho de otro modo, en el ser humano despierta el “depredador verbal”, obligado a salir del marco regulativo como consecuencia de la inestabilidad del entorno.

Conviene reiterar que el concepto de “depredador verbal” no funciona aquí como metáfora, sino como un constructo analítico que nombra una disposición comportamental latente, actualizada en condiciones de intersubjetividad perturbada. Al abandonar el marco regulativo, el individuo obtiene, mediante la agresión y la predación simbólica, una ventaja frente a otros individuos que podrían amenazarlo en la competencia por los recursos vitales. Esta característica del hombre no puede ser omitida.

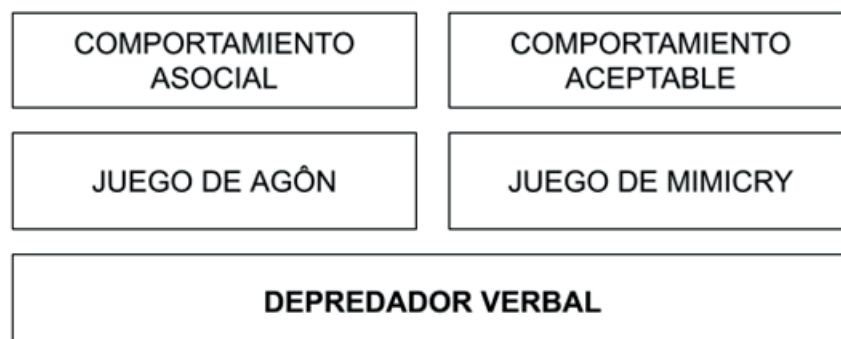
Así, se confirma la lógica de cómo funciona la cortesía como un tipo de juego. Es que toda la comunicación comprende jugadas lúdicas, a través de las cuales los hablantes se posicionan uno frente al otro como si se tratara de jugadores a quienes se les permite o no usar cierto tipo (limitado) de tácticas personales, siempre y cuando estas vienen institucionalizadas. Es decir, algunas formas (o hasta fórmulas) de actos de habla son aceptables y otras no. Por eso, existen “conjuntos” de formas de un acto de habla concreto (de una función comunicativa específica) que sirven de registros desde los cuales parte el hablante para codificar su intención y así emitirla hacia su destinatario. Claro está que el hablante interpreta la relación entre los dos, verifica el potencial conflictivo y así acomoda el empleo de recursos de la lengua. En otras palabras, el hablante se encuentra en un proceso constante de evaluación del contexto. Cuanta mayor experiencia posee dentro de un ámbito cultural, mayor es

el desarrollo de su competencia pragmática, lo que le permite gestionar la comunicación de manera estratégica y táctica, de modo que puede cumplir sus intenciones sin que el destinatario se sienta amenazado.

Estas tácticas y estrategias en cada cultura obedecen a un paradigma, que es la estructura de un complejo cultural que viene definido por la misma distribución interna. En ese sentido, la comunicación entre miembros de una misma cultura tiende a ser menos amenazante que la que se establece entre interactuantes de distintas culturas y lenguas, dado su mayor potencial controversial. Sobre esto último, el conflicto puede entenderse como una discrepancia entre sistemas de reglas que orientan la comunicación. En consecuencia, hablar implica seguir un conjunto de normas socialmente establecidas, como si se tratara de las reglas de un juego. Varios lingüistas consideran este reglamento como “pragmalecto”, un concepto utilizado en la lingüística para describir una variedad de lengua que se define por el contexto de comunicación y las intenciones de los hablantes, más que por su origen geográfico o su clase social. A diferencia de un dialecto o un sociolecto, el pragmalecto se centra en cómo usamos el lenguaje para lograr algo en una situación específica. El lenguaje, entonces, se desarrolla como juego (Wittgenstein, 2007).

Existen dos tipos de juegos relevantes al empleo de la cortesía verbal: el juego de tipo *agôn* (competición abierta) y el tipo de *mimicry* (competición encubierta). El *agôn* es un tipo de juego en el que predomina la rivalidad y el deseo de ganar mediante el mérito personal, la habilidad, la fuerza o la inteligencia (ver Figura 3). En él, el resultado depende directamente del esfuerzo y la capacidad de los participantes. Es allí donde el comportamiento humano carece de cortesía y el potencial conflictivo está desmantelado. En este escenario, el hablante da a conocer que está compitiendo con el otro para satisfacer sus necesidades sin tomar en cuenta las necesidades o las expectativas del otro. Entonces, el *agôn* es lo que se denomina más arriba como el régimen latente del “depredador verbal”. Los hablantes que son descorteses expresan su dominancia abiertamente y el empleo de recursos de la lengua carece de matiz de atenuación o mitigación de su intención. Esto es lo que Brown y Levinson (1987) definen como “beneficio”, entendido como una ganancia que se concentra en el hablante y no se distribuye equitativamente entre los participantes, de modo que implica un costo para el destinatario.

Figura 3
Tipos de juego



Desde esta perspectiva, la descortesía no aparece como una mera ausencia de competencia cultural ni como una simple transgresión de las máximas conversacionales (Grice, 1975), de las máximas de cortesía (Leech, 1983) o de la protección de la imagen (*face*) (Brown y Levinson, 1987). La descortesía

no se entiende aquí como una infracción normativa, sino como un cambio de régimen interaccional. Su núcleo estructural es la no empatía: la incapacidad —o la negativa— a considerar la perspectiva del otro como legítima; el resultado es la transformación de la interacción en una relación asimétrica. Esta asimetría posibilita dos tipos de rivalidad y pone en marcha una espiral de escalada.

Por otro lado, el *mimicry* es un juego que utiliza táctica y estratégicamente una máscara. Se trata de enmascarar o encubrir la competencia misma que sigue presente en la comunicación. Sin embargo, es un comportamiento aceptado como normativo por toda la sociedad. Estos recursos lingüísticos se consideran inherentemente corteses, en la medida en que cumplen una función primordialmente pragmática: reducir la amenaza hacia el otro, proteger su imagen pública y mantener un equilibrio relativo entre el hablante y el destinatario. Asimismo, estas interacciones, reguladas por las reglas del juego de *mimicry*, se dan de manera principal en contextos públicos y, posteriormente, se trasladan a ámbitos privados. En este sentido, las normas de cortesía se proyectan de lo general a lo particular, ya que la comunicación en espacios públicos se encuentra sujeta al control social, y cualquier transgresión puede dar lugar a sanciones. El juego de tipo *mimicry* corresponde al régimen regulado del “depredador verbal” que sigue compitiendo con los demás; no obstante, el coste y el beneficio se ven más distribuidos entre los dos (Brown y Levinson, 1987). El hombre necesita vivir en una sociedad que le permita satisfacer sus necesidades vitales; es decir, no puede sobrevivir solo. Así tiene que competir con los demás por los recursos, comunicar sobre sus carencias, aprovecharse de otros y contar con los demás de manera que estos le faciliten la cooperación. A nuestro juicio, la cooperación de Grice (1975) puede interpretarse como el resultado de un constante cambio entre competencia abierta y encubierta, lo cual se corresponde con el continuo constante de regímenes del “depredador verbal”.

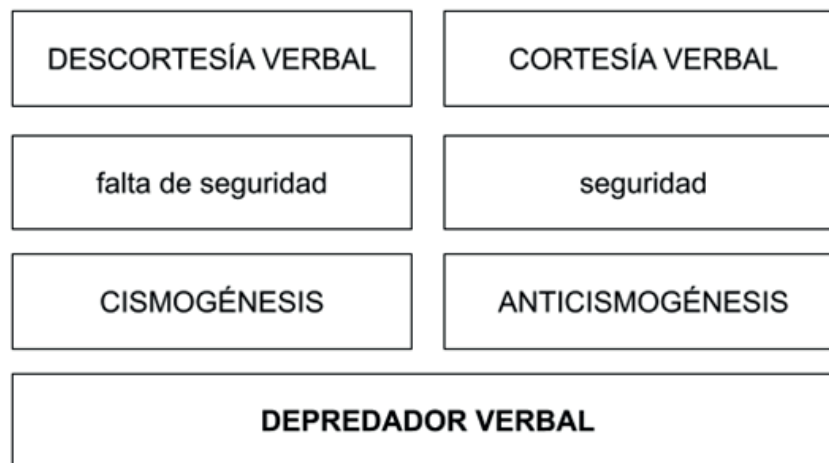
Teniendo en cuenta los juegos de *agôn* y *mimicry*, existirían varios tipos de escalada de conflicto, lo que Bateson (1936) describió como *cismogénesis*: un proceso mediante el cual la relación social se desarrolla a través del refuerzo mutuo de las diferencias. La *cismogénesis* puede adoptar una forma simétrica, en la que ambas partes intensifican el mismo tipo de comportamiento (por ejemplo, agresión frente a agresión), o una forma complementaria, en la que una parte refuerza la dominancia y la otra, la sumisión. En ambos casos, se rompe el equilibrio social y se erosiona progresivamente la posibilidad de una interacción cooperativa. La ventaja puede permanecer de un solo lado, o bien desplazarse constantemente entre los participantes, lo que prolonga el conflicto y aumenta su intensidad. Incluso ante el riesgo de escalada, las culturas difieren en el grado en que logran regular el conflicto mediante la cortesía discursiva y mantenerlo en niveles sostenibles. Esta constituye, además, una de las razones por las que distintas culturas resultan con frecuencia incompatibles, al no poder aceptar —o reconocer— los mecanismos regulativos de la otra.

La *cismogénesis* es peligrosa porque es autorreproductiva. Una vez activada la escalada, su dinámica no requiere nuevos impulsos externos y se mantiene por la propia lógica de la interacción. En el espacio discursivo, esto se manifiesta en una polarización creciente, en la pérdida de la capacidad de interpretar la acción del otro de buena fe y en la reducción de la comunicación a una lucha por la supremacía simbólica.

Es precisamente aquí donde se revela la función clave de la cortesía verbal como mecanismo anticismogénico y, en términos más amplios, como marco regulador civilizatorio. La cortesía no actúa al negar o suprimir el conflicto, sino al interrumpir la lógica misma de la escalada. Cabe añadir

una afirmación más: la cortesía constituye un medio de domesticación simbólica del ser humano en el dinamismo civilizatorio de la interacción (Pinker, 2011; Wrangham, 2019). La cortesía, por tanto, es un mecanismo de seguridad necesario para evitar que hayan destrucciones simbólicamente. Desde esta perspectiva, puede formularse el axioma comunicativo-securitario (Slowik, 2024a), según el cual la acción discursiva humana está implícitamente orientada a la minimización del riesgo, tanto para el hablante como para el destinatario, como ya se mencionó en el anterior apartado (ver Figura 4).

Figura 4
La cortesía como mecanismo anticismogénico



El marco teórico propuesto permite mostrar que el potencial predatorio se regula de manera anticismogénica a través de la cortesía. En el siguiente apartado, se expone la desregulación del “depredador verbal” cuando no se encuentra en una comunicación cara a cara.

5. El “depredador verbal” y el entorno digital

Una reflexión adicional, vinculada a los problemas contemporáneos de la comunicación interpersonal derivados del desarrollo de las redes sociales, permitió constatar que el comportamiento humano, al liberarse de la necesidad de la interacción cara a cara, revela rasgos que pueden describirse como predatorios. Se sostiene que esta disposición puede interpretarse como evolutivamente más antigua. La propensión predatoria del comportamiento humano fue posteriormente atenuada por presiones civilizatorias, a través de regulaciones culturales que limitaron su expresión.

El concepto “depredador verbal” resulta especialmente adecuado para analizar el entorno digital y posverdadero, que erosiona el intercambio intersubjetivo de una realidad cultural compartida y vivida corporalmente. Fue precisamente esta intersubjetividad compartida, a escala de culturas y civilizaciones, la que permitió el desarrollo relativamente exitoso de las sociedades humanas hasta la era predigital (Kavanagh y Rich, 2018; Pariser, 2011; Pomerantsev, 2019). Las normas se difundían desde el centro hacia la periferia mediante el *drift* cultural o a través de los medios de comunicación; no obstante, el entorno digital ha transformado radicalmente este proceso.

El “depredador verbal” se manifiesta de manera particular en interacciones anónimas y semianónimas en redes sociales, donde los mecanismos tradicionales de control social están ausentes

(Bail *et al.*, 2018; Bright, 2018; Interian *et al.*, 2022; entre otros). Las subcomunidades que se forman en estos entornos regulan las expresiones predatorias en el interior del grupo y sancionan a quienes ingresan con opiniones divergentes. La discrepancia en grupos homogéneos suele ser penalizada, lo que conduce a la erosión de procesos deliberativos y democráticos (Benkler *et al.*, 2018; Persily y Tucker, 2020).

Los fenómenos característicos de la era posverdadera —la manipulación informativa y la degradación de la noción de “verdad”— incrementan la relevancia de los mecanismos que posibilitan la coexistencia, incluso, en comunidades fragmentadas.

Cuando se debilita la regulación social, emerge un régimen de control reducido, característico especialmente de contextos de comunicación anónima o semianónima, donde se atenúan los mecanismos tradicionales de contención interaccional y se activan tendencias predatorias latentes. Este proceso se hace particularmente visible en el entorno digital, donde la ausencia de retroalimentación corporal intersubjetiva y la fragmentación de la realidad compartida favorecen la actualización de esta disposición, como sugieren los análisis sobre los ecosistemas informativos digitales desarrollados, entre otros, por Pariser (2011) y Pomerantsev (2019). En este contexto, se configura además un régimen de organización discursiva de carácter tribal, en el cual la predación comunicativa se regula al interior del grupo, pero se intensifica frente a actores externos. Así, el lenguaje opera como un marcador de identidad y como un mecanismo de delimitación simbólica de fronteras.

Hasta hace poco, la supertribu estaba delimitada por fronteras lingüísticas, culturales y políticas relativamente claras. Con el desarrollo de las redes sociales, los hablantes pasan a interactuar en el espacio digital, donde el “depredador verbal” suele manifestarse dentro de su burbuja social; es decir, en comunidades cerradas cuyos miembros comparten opiniones homogéneas y se adscriben a un mismo grupo ideológico. En estos entornos, el potencial agresivo del “depredador verbal” se regula mediante la “transparencia tribal” y la tendencia a la conformidad interna, lo que reproduce simbólicamente los mecanismos de control descritos por Boehm (1999) para las sociedades tribales tradicionales. Se confirma así que los miembros no se desarrollan más allá de lo ya establecido, sino que permanecen anclados en lo conocido: un mundo compuesto únicamente por lo familiar es un mundo en el que no hay nada que aprender (Pariser, 2011). Ello ilustra cómo la personalización del contenido en las redes sociales limita el contacto y refuerza la percepción de alteridad entre grupos.

El problema surge con la proliferación de estas comunidades cerradas en el entorno digital: entre ellas se generan focos de conflicto, puesto que la homogeneidad interna de una comunidad suele definirse en oposición a la homogeneidad de otra. La pertenencia a un grupo proporciona al individuo la sensación de que puede atacar con mayor facilidad a los miembros del grupo contrario. La posibilidad de interactuar fuera del marco físico (cara a cara) tiene profundas consecuencias para el mundo humano y para la seguridad de las sociedades. La extrañeza se multiplica y sus efectos resultan devastadores para la estabilidad social.

Es precisamente que, en estas situaciones digitales, a menudo reguladas de forma no cultural sino algorítmica, donde el “depredador verbal” se manifiesta en su forma más desnuda: despliega una agresividad y una competitividad que, tanto en la tribu tradicional como en la supertribu, serían inmediatamente moduladas por el control social directo y por normas implícitas. En este contexto, se

debilita lo que Caillois (1958) conceptualiza como *mimicry*, mientras que predomina el juego de tipo *agôn*. La anonimidad y el carácter distanciado de la comunicación digital intensifican la acción del “depredador”, y, aunque la cortesía verbal y los mecanismos anticismogénéticos continúan operando como presupuestos del comportamiento humano, el individuo tiende a sustraerse parcialmente de ellos en estos entornos.

El concepto de “depredador verbal” permite, así, analizar procesos de polarización, la formación de subcomunidades homogéneas y sus mecanismos internos de regulación. Asimismo, ofrece un marco interpretativo para comprender los riesgos de fragmentación social y la tendencia hacia formas cada vez más acentuadas de retribalización en el seno de la sociedad supertribal, especialmente en el espacio digital.

6. Conclusiones

A modo de conclusión, puede afirmarse que el concepto de “depredador verbal” proporciona un marco analítico útil para comprender la predisposición a la dominancia y la agresión en el comportamiento lingüístico humano. En este contexto, la cortesía verbal aparece como un mecanismo anticismogénético cuya función consiste en domesticar el potencial predatorio y minimizar los conflictos en el entorno de la supertribu. La cortesía, por tanto, no está orientada a la maximización del beneficio individual, sino al mantenimiento de la habitabilidad del espacio social.

El concepto de “depredador verbal” permite analizar por qué y desde qué posición se producen la agresión verbal y la asimetría interaccional. De este modo, el marco teórico propuesto va más allá del análisis desde la descripción de la microdinámica hacia una interpretación del comportamiento lingüístico humano. La cortesía se revela así como una herramienta civilizatoria cuyo alcance trasciende la interacción individual y se proyecta sobre estructuras socioculturales más amplias.

Todas las normas sociales, incluso la cortesía verbal, son fenómenos que sirven de manifestaciones del agente de seguridad que se desarrolló en el hombre a través de la presión civilizatoria. Este proceso incluye la reducción de la territorialidad del uno a favor de la aceptabilidad del otro en un espacio compartido. La cortesía verbal, entonces, es la regulación de la predación individual, la cual es concebida como peligrosa para los desconocidos. En ese sentido, la organización supertribal actual ha sido exitosa gracias a dicho agente de seguridad.

El orden social de un grupo extenso requiere ser regulado mediante rituales y ceremoniales establecidos e institucionalizados; solo así la sociedad puede mantenerse estable y ofrecer a sus miembros condiciones adecuadas para su desarrollo. La cortesía verbal hace posible el encuentro relativamente seguro entre todos los miembros que siguen la misma *ficción compartida* sobre su sociedad. De esta manera, los interactuantes entran en comunicación como jugadores que compiten entre sí. De ello depende que la interacción se configure como una competencia abierta (*agôn*) o como una competencia encubierta (*mimicry*), lo que incide en la consideración de un miembro como plenamente integrado en la sociedad; es decir, como un individuo capaz de regular culturalmente su tensión agresiva. Cuando el hablante opta por la competencia abierta, activa su disposición predatoria latente y puede desencadenar procesos de desintegración social a través de la cismogénesis, cuyos

efectos resultan perjudiciales tanto para los participantes como para su entorno, en la medida en que la estabilidad se reduce a un beneficio unilateral. En este punto, emerge el comportamiento descortés o poco cortés. En otros términos, la cortesía y la descortesía constituyen regímenes de una misma disposición humana que se actualiza en la comunicación.

El entorno digital pone de manifiesto los límites de este mecanismo, puesto que la anonimidad y el carácter distanciado de la comunicación debilitan sus capacidades regulativas. No obstante, las estrategias de cortesía culturalmente interiorizadas siguen permitiendo sostener una cierta estabilidad social, incluso en condiciones de fragmentación y polarización.

Investigaciones futuras podrán contrastar empíricamente la capacidad predictiva de este concepto en distintas comunidades, tanto digitales como presenciales. En conjunto, el artículo considera que el lenguaje y la interacción no son únicamente instrumentos de comunicación, sino también mecanismos de regulación cultural y social que domestican el potencial predatorio latente del ser humano y hacen posible la coexistencia en sociedades complejas. El modelo propuesto no sustituye a la pragmalingüística de la cortesía, sino que explica su fundamento antropológico. Por lo tanto, conviene subrayar que el marco propuesto no pretende constituir una teoría empíricamente verificada, sino un modelo conceptual destinado a futuras investigaciones analíticas y empíricas.

Referencias

- Albelda, M. y Barros, M. (2013). *La cortesía en la comunicación*. Arco/libros. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=836174>
- Ardrey, R. (1966). *The territorial imperative: A personal inquiry into the animal origins of property and nations*. Atheneum.
- Bail, C., Argyle, L., Brown, T., Bumpus, J., Chen, H., Hunzaker, M., Lee, J., Mann, M., Merhout, F. y Volfovsky, A. (2018). Exposure to opposing views on social media can increase political polarization. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 115(37), 9216-9222. <https://doi.org/10.1073/pnas.1804840115>
- Bateson, G. (1936). *Naven: A survey of the problems suggested by a composite picture of the culture of a New Guinea tribe*. Stanford University Press.
- Benedict, R. (1934). *Patterns of culture*. Houghton Mifflin Company.
- Benkler, Y., Faris, R. y Roberts, H. (2018). *Network propaganda: Manipulation, disinformation, and radicalization in American politics*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oso/9780190923624.001.0001>
- Berger, P. y Luckmann, T. (1966). *The social construction of reality: A treatise in the sociology of knowledge*. Penguin.
- Binford, L. (2001). *Constructing frames of reference: An analytical method for archaeological theory building using ethnographic and environmental data sets*. University of California Press.
- Birdsell, J. (1953). Some Environmental and Cultural Factors Influencing the Structuring of Australian Aboriginal Populations. *American Naturalist*, 87(834), 171-207. <https://www.jstor.org/stable/2458482>
- Boehm, C. (1999). *Hierarchy in the Forest: The Evolution of Egalitarian Behavior*. Harvard University Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctvjf9xr4>
- Bourdieu, P. (1991). *Language and symbolic power*. Polity Press.
- Bousfield, D. (2008). *Impoliteness in interaction*. John Benjamins.
- Bravo, D. (Ed.). (2005). *Estudios de la (des)cortesía en español. Categorías conceptuales y aplicaciones a corpora orales y escritos*. Dunken.
- Bright, J. (2018). Explaining the Emergence of Political Fragmentation on Social Media: The Role of Ideology and Extremism. *Journal of Computer-Mediated Communication*, 23(1), 17-33. <https://doi.org/10.1093/jcmc/zmx002>
- Brown, P. y Levinson, S. (1987). *Politeness: Some Universals in Language Usage*. Cambridge University Press. (Obra original publicada en 1978)
- Caillois, R. (1958). *Man, Play and Games*. University of Illinois Press.
- Cannon, W. (1929). *Bodily Changes in Pain, Hunger, Fear and Rage*. Appleton.

- Culpeper, J. (1996). Towards an anatomy of impoliteness. *Journal of Pragmatics*, 25(3), 349-367. [https://doi.org/10.1016/0378-2166\(95\)00014-3](https://doi.org/10.1016/0378-2166(95)00014-3)
- Culpeper, J. (2011). *Impoliteness: Using language to cause offence*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511975752>
- Dawkins, R. (1976). *The Selfish Gene*. Oxford University Press.
- Dunbar, R. (1996). *Grooming, Gossip, and The Evolution of Language*. Harvard University Press.
- Dunbar, R. (2010). *How Many Friends Does One Person Need?* Faber & Faber. <https://www.jstor.org/stable/j.ctvk12rgx>
- Eelen, G. (2001). *A Critique of Politeness Theory*. St. Jerome. <https://doi.org/10.4324/9781315760179>
- Eibl-Eibesfeldt, I. (1970). *Ethology, the biology of behavior*. Holt, Rinehart and Winston.
- Goffman, E. (1967). *Interaction ritual: Essays on face-to-face behavior*. Anchor Books.
- Grice, H. (1975). Logic and conversation. En P. Cole y J. Morgan (Eds.), *Syntax and Semantics* (Vol. 3, pp. 41-58). Academic Press.
- Hall, E. (1966). *The hidden dimension*. Doubleday.
- Harari, Y. (2012). *Sapiens: A Brief History of Humankind*. Harvill Secker.
- Husserl, E. (1979). *Meditaciones cartesianas*. Fondo de Cultura Económica.
- Interian, R., Marzo, R. G, Mendoza, I. y Ribeiro, C. (2022). Network polarization, filter bubbles, and echo chambers: An annotated review. *International Transactions in Operational Research*, 30(6), 3122-3158. <https://doi.org/10.1111/itor.13224>
- Jakobson, R. (1960). Linguistics and Poetics. En T. Sebeok (Ed.), *Style in language* (pp. 350-377). MIT Press.
- Kavanagh, J. y Rich, M. (2018, 16 de enero). *Truth decay: A threat to policymaking and democracy*. RAND Corporation. https://www.rand.org/pubs/research_briefs/RB10002.html
- Kelly, R. (2013). *The lifeways of hunter-gatherers: The foraging spectrum*. Cambridge University Press.
- Kořenský, M. (1992). *Komunikace a čeština*. Academia.
- Lakoff, R. (1975). *Language and woman's place*. Harper & Row.
- Leech, G. (1983). *Principles of Pragmatics*. Longman.
- Léblová, K. (2001). *Konflikt a komunikace*. Karolinum.
- Lévi-Strauss, C. (1949). *The elementary structures of kinship*. Beacon Press.
- Lévi-Strauss, C. (1962). *La pensée sauvage*. Plon.
- Locher, M. (2004). *Power and politeness in action*. Mouton de Gruyter.

- Locher, M. y Watts, R. (2005). Politeness theory and relational work. *Journal of Politeness Research*, 1(1), 9-33. <https://doi.org/10.1515/jplr.2005.1.1.9>
- Lorenz, K. (1963). *Das sogenannte Böse: Zur Naturgeschichte der Aggression*. Dr. G. Borothea-Schoeler Verlag.
- Marlowe, F. (2005). Hunter-gatherers and human evolution. *Evolutionary Anthropology*, 14(2), 54-67. <https://doi.org/10.1002/evan.20046>
- Morris, D. (1967). *The naked ape: A zoologist's study of the human animal*. McGraw-Hill.
- Nebeská, I. (1992). *Jazyk a identita*. Academia.
- Pariser, E. (2011). *The filter bubble: What the Internet is hiding from you*. Penguin. https://openlibrary.org/books/OL24842155M/The_Filter_Bubble
- Persily, N. y Tucker, J. (Eds.). (2020). *Social media and democracy*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781108890960>
- Pinker, S. (2011). *The better angels of our nature: Why violence has declined*. Viking.
- Pomerantsev, P. (2019). *This is not propaganda: Adventures in the war against reality*. Faber & Faber. <https://www.faber.co.uk/product/9780571338658-this-is-not-propaganda/>
- Porges, S. (2011). *The polyvagal theory: Neurophysiological foundations of emotions, attachment, communication, and self-regulation*. W. W. Norton & Company.
- Sahlins, M. (1972). *Stone age economics*. Aldine-Atherton.
- Slowik, M. (2017). Zdvořilý řečový habitus jako sociokulturní regulativ vztahové sítě. *Lidé města*, 19(3), 355-371. <https://doi.org/10.14712/12128112.3307>
- Slowik, M. (2018a). Zdvořilý řečový habitus jako sociokulturní regulativ vztahové sítě II. *Lidé města*, 20(1), 23-62. <https://doi.org/10.14712/12128112.3296>
- Slowik, M. (2018b). Zdvořilý řečový habitus jako sociokulturní regulativ vztahové sítě III. *Lidé města*, 20(3), 411-467. <https://doi.org/10.14712/12128112.3269>
- Slowik, M. (2019). Zdvořilý řečový habitus jako sociokulturní regulativ vztahové sítě IV. *Lidé města*, 21(1), 41-88. <https://doi.org/10.14712/12128112.3253>
- Slowik, M. (2024a). *Homo urbanus a jeho řeč: První narace o řečové zdvořilosti*. Technická univerzita v Liberci a Orbis Litera.
- Slowik, M. (2024b). *Funkční zdvořilá řeč Čechů a Španělů: Druhá narace o řečové zdvořilosti*. Technická univerzita v Liberci a Orbis Litera.
- Trivers, R. (1971). The evolution of reciprocal altruism. *Quarterly Review of Biology*, 46(1), 35-57. <https://www.journals.uchicago.edu/doi/10.1086/406755>
- Veselovský, Z. (1992). *Chováme se jako zvířata?* Panorama.
- Watts, R. (2003). *Politeness*. Cambridge University Press.

- Wilson, E. (1975). *Sociobiology: The new synthesis*. Belknap Press of Harvard University Press.
- Wittgenstein, L. (2007). *Filosofická zkoumání*. Filosofía.
- Wright, R. (1994). *The moral animal: Why we are the way we are*. Vintage.
- Wrangham, R. (2019). *The Goodness Paradox: The Strange Relationship Between Virtue and Violence in Human Evolution*. Pantheon. https://books.google.com.pe/books/about/The_Goodness_Paradox.html?id=ccBWDwAAQBAJ&redir_esc=y

Contribución del autor

Miroslav Slowik ha participado en la búsqueda, la revisión y la redacción general del artículo; y aprueba la versión que se publica en la revista.

Agradecimientos

El autor expresa su agradecimiento a la Universidad Técnica de Liberec (TUL). También agradece a los revisores ciego por los alcances brindados al manuscrito.

Financiamiento

Autofinanciado.

Conflicto de intereses

El autor no presenta conflicto de interés.

Correspondencia: miroslav.slowik@tul.cz

Trayectoria académica del autor

Miroslav Slowik es doctor en Filología por la Universidad de Carolina de Praga (UCP) y es profesor del Departamento de Lenguas Románicas en la Facultad de Ciencias, Humanidades y Educación de la Universidad Técnica de Liberec (TUL). Es reconocido por su labor docente e investigadora en el ámbito de la lengua española y la pedagogía. Se desempeña como docente y orientador educativo, con énfasis en la lingüística con la psicología del aprendizaje. Su trabajo se centra en la pragmática y la cortesía verbal, al comparar las estructuras sociales y lingüísticas entre la República Checa y los países de habla hispana. Es coautor de *Řeč superkmene: terminologický slovník zdvořilosti a konfliktu / El lenguaje de la supertribu: diccionario terminológico de la cortesía y el conflicto* (2025).